

TEXTO DEL AUTO DEL SACRIFICIO DE ISAAC (Laza-Ourense)

Versión publicada por Nieves Amado Rolán

NARRADOR

Abraham, padre de Isaac, tronco de la raza Hebrea y padre de todos los creyentes, vivió en la tierra de Canaan unos dos mil años antes de la venida de Nuestro Señor Jesucristo. Varón virtuosísimo, amante y temeroso de Dios, que pasó su vida como un ángel en la tierra. Un día el Señor, para probar su fé, llamándole le dijo:

DEUS

Abraham, Abraham

ABRAHAM

Heme aquí, SEÑOR

DEUS

Anda, coge a tu unigénito hijo, a quien tanto amas, y llévalo a la tierra de Moria y ofrécemelo allí en sacrificio sobre uno de los montes que yo te indicaré.

NARRADOR

Se levantó pues Abraham muy de mañana, y tomando la leña del holocausto se la cargó a Isaac, su hijo, sobre los hombros; tomo él en su mano el fuego y el cuchillo y siguieron ambos juntos.

Muy afligido va subiendo por el monte Moria aquel anciano abrumado por el peso de los años y aún más todavía por el de alguna grave desventura; lástima da verle respirando trabajosamente y conteniendo las lágrimas que quieren brotar de sus ojos. No así aquel mancebo que tranquilo le va siguiendo cuesta arriba, llevando un hacecillo de leña sobre los hombros y mirando de cuando en cuando al padre como pendiente de su voluntad. Más yendo en mitad de la cuesta, se vuelve y le dice

ISAAC

Sabeis lo que advierto Padre mío, que nos falta lo principal para el sacrificio, que es la víctima.

NARRADOR

A lo cuál repuso el anciano:

ABRAHAM

Sigue hijo mío, sigue, que Dios proveerá.

NARRADOR

No replicó el mancebo ni volvió a desplegar los labios, tanta era la veneración que a su padre tenía.

Cuando hubieron llegado a la cumbre del monte, le vio silencioso reunir piedras para formar un ara. Aún le ayudó con sus propias manos, colocando el hacecillo de leña para consumir el sacrificio. Luego dijo el padre:

ABRAHAM

Tú eres, hijo mío, la víctima designada por Dios.

NARRADOR

Esto dijo el padre, arrancándosele el alma al pronunciar aquellas palabras. Por no dar señales de su pena, por no afligir a su padre que había cumplido el mandato divino, con piadosa resignación, el hijo dijo en tono silencioso:

ISAAC

¡Cúmplase la voluntad de Dios!

NARRADOR

Y sin vacilar, se encaramó él mismo al ara, hincóse de rodillas y mostrándoles las manos a su padre para que se las atase, inclinó luego la cabeza como para recibir el golpe mortal.

Ya tenía el anciano el puñal alzado y se disponía a descargarlo sobre el cuello de su único hijo, objeto de tanta veneración, cuando se le apareció de entre las nubes un ángel del cielo, diciendo de este modo al afligido padre:

ANXO

¡Detén tu brazo Abraham, no mates a tu hijo Isaac, que Dios se da por satisfecho con tu fé y obediencia!

NARRADOR

Cayó en tierra el buen viejo, bañado el rostro en lágrimas y deshecho el corazón en amor y agradecimiento al Dios de sus mayores.

ABRAHAM

Gracias, Señor, por tu bondad y misericordia.

NARRADOR

Abrazó luego al hijo como si lo hubiera visto ya muerto y lo hallase resucitado.

Divisaron allí cerca un cordero más blanco que la nieve, que se había enredado en unos zarzales, y llevándolo entre los dos al ara, consumaron el sacrificio, y subió el humo ondeando por los aires, bajando como un abundante rocío la bendición del cielo.

DEUS

Por mí mismo juro, que por haber hecho tú cosa tal de no perdonar a tu hijo, a tu unigénito, te bendeciré largamente y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y las arenas de la orilla del mar, y se gloriarán todos los pueblos de la Tierra por haberme tú obedecido.

NARRADOR

Y en efecto, así fue. Las promesas de Dios no faltarán jamás en la casa de Abraham, y de su descendencia habría de nacer el Mesías, el Mesías, el hijo de Dios.

FIN